

ORIGINAL

16 PÁG

LECTURA

- 1 -

Universidad Central de Venezuela
Facultad de Humanidades y
Educación
Escuela de Historia

Prof: Diana Pérez
HIST. CONT. DE AMÉRICA

28/02/2011.

INTRODUCCION A LA HISTORIA DE AMERICA

Prof. María E. González
Prof. Rosalba Méndez

HISTORIA E HISTORIAS DE LAS AMERICAS

Germán Arciniegas (Colombia)

Algunos de los puntos de vista, si no todos, de estas notas, los ha expuesto el autor en conferencias que ha dictado en México y en los Estados Unidos, y en algunos artículos en que, con mayor detenimiento, se analizan aspectos particulares del tema. Aquí sólo ha pretendido en una forma mas general y menos densa resumir un argumento - que considere de importancia para enfocar -con mayor exactitud la historia del hemisferio.

Los continentes no son entidades geográficas sino históricas. Este hecho sencillo y obvio se presta a confusiones porque es uno de tantos conceptos en que están equivocados lo mismo los diccionarios que los textos didácticos. Nosotros tomamos la idea de continente en las definiciones que dan las geografías, y en el diccionario la palabra tiene aplicación puramente -geográfica. Al confrontar esto con la realidad, el error salta a la vista. El Asia no está separada de Europa por ningún mar: las dos forman un solo -cuerpo de tierra. Pero Europa es Europa y Asia es Asia. Las distingue el color de la piel de su historia. El estilo a que han llegado sus culturas, la formación de sus mitos, de sus creencias, de sus leyendas, de su poesía, sus filosofías, sus religiones. Los geógrafos pueden hablar de Eurasia, como de una masa de tierra, quizás un tanto monstruosa, Eso no quiero decir -nada. Todos

decimos que son dos "continentes" porque Europa "contiene" una cosa y Asia otra. Lo que vale -y esto es obvio- es el contenido.

Así son las Américas. Lo que ellas contienen también es de una calidad diferente. La historia que se desenvuelve de este lado del Atlántico es otra historia. No es historia europea, ni siquiera occidental. Apenas si se parece a veces a la de Europa, a la del Asia, a la del Africa. Aquí no ha habido siglos de luchas entre reyes, ni ha habido el Buda, ni ha habido elefantes. Nuestra cultura apenas está en el período del tanteo: no hemos producido un estilo tan definido y autentico como el gótico, no hemos terminado de elaborar una filosofía. Pero a todo se llegará. Nueva York o Río de Janeiro o México ya son indicios. Con las pinturas de Diego Rivera o de Portinari, Europa habría publicado el anuncio de un renacimiento. La verdad es que aún estamos verdes. Pero somos distintos. Con Europa se podría hacer un ensayo sobre la historia de las monarquías: cómo nacieron, cómo crecieron, cómo se deshicieron. Con América se podría hacer el mismo ensayo sobre la de las democracias... Aunque hagamos un esfuerzo intelectual muy grande para someter nuestra realidad a los esquemas que de tiempo en tiempo nos ofrecen los filósofos europeos que pretenden fijar las leyes de la historia universal, siempre nos resulta imposible acomodar, apretar lo nuestro a sus categorías. Para los europeos seguirá siendo poco menos que imposible penetrar en la mentalidad del oriente, ser justos para valorar al africano o darse cuenta de lo que es América. Tendrían que tener sangre asiática, africana o americana fresca que les corriera por las venas y les llegara al corazón. Sus aproximaciones, por bien intencionadas que sean, nunca han alcanzado a penetrar el misterio de otros mundos.

Esto es uno de los primeros problemas que embarazan a quien trata de hacer el cuadro de la historia de América. Pesa sobre nosotros demasiado la costumbre de usar términos que correspondan sólo a categorías europeas. Vivimos refiriéndonos a la feudal, a la Edad Media, al Renacimiento, a la Edad moderna, no sólo para establecer algunas correlaciones intercontinentales, sino para describir nuestros propios hechos. No nos fijamos en que cada una de estas expresiones no es sino como un punto de referencia para describir todo un cuadro que tiene colores propios, personajes únicos, circunstancias exclusivas. Cuando uno dice "La rendición de Breda", con tres palabras, está moviendo la imaginación para que se retrate una tela pintada por Velásquez y no más que esa tela. En términos

semejantes, aunque fabulosamente ambiciosos, decimos Edad Media, y las dos palabras han de obrar en nuestra mente como una linterna mágica para descubrir un mundo que sólo se dio en Europa. Aun en Europa es engañoso usar la palabra Renacimiento, lo mismo para Italia que para el resto del Continente. Se ve mejor a otra parte de Europa diciendo, por los mismos años, Reforma. España tiene lo más acentuado de su carácter entonces en la "Contra-reforma". Entre otras cosas, porque España es en Europa contradicción. Pero todo eso es de allá: del otro lado del Atlántico. En la misma historia literaria de la América indoespañola hablamos siempre de lo clásico, del romanticismo, del naturalismo del realismo para referirnos a lo nuestro, así se ajuste o no a la clasificación europea.

Al englobar los grandes procesos queremos hacer que América pueda incorporarse dócil en los cuadros de Heguel, de Marx, de Spengler, sin advertir que nosotros somos el caso singular que puede servir de ejemplo para destruir la supuesta universalidad de teorías que se han hecho sin conocimiento cabal del mundo. Sin examinar el caso de América. Toynbee comienza a hacer notar este error.

Señalamos el hecho no por pueril alarde de independencia. Se trata de una confesión ingenua, de la comprobación del hecho que estamos viviendo. Nuestra preocupación no consiste en afirmar: somos otra cosa. Apenas nos preguntamos a nosotros mismos: ¿Qué somos? Y en cuanto tratamos de acercarnos a la comarca que esta pregunta nos invita a explorar, nos convencemos de que es dilatada, contradictoria y tentadora.

No hay, en realidad, una historia de América. Hay cuatro historias de cuatro Américas. Hay una América que hoy es indio-española, en donde la lengua más común es el español, pero cuya historia se remonta siglos atrás de la llegada de Colón. Esta América no es Nuevo Mundo sino cuando se la ve desde un punto de vista europeo. Para los europeos sí es una sorpresa saber que a principios del siglo XVI existían acá culturas y civilizaciones que habría que alinear con las de Egipto, Roma, Grecia o la misma Europa del mismo XVI. Ceder nosotros y aceptar la expresión Nuevo Mundo en el sentido que le dieron los europeos, en el sentido que usó esas palabras Americo Vespucci, es desconocer la mitad o la historia de nuestros pueblos. Es perder de vista la época antigua en que ellos fueron independientes de Europa. Entonces modelaron un espíritu que todavía anda

alumbrando en la lámpara de barro de millones de gentes que ahora mismo se están moviendo en busca de su expresión.

Pero esa América de tan antigua experiencia histórica, la que no es Nuevo Mundo, sólo comprende a una cuarta parte del hemisferio occidental. Hay la América portuguesa, en que lo que le sale al paso al europeo del XVI o del VII - en este caso al portugués, al holandés, al francés hugonote o -al jesuita- no es un hombre ya cultivado, reducido a vida civil, sino un ser humano - un tema antropológico- que apenas ha sobrepasado las etapas primitivas que no ha creado una civilización, que invita a los descubridores a penetrar en un mundo verde, ardientemente verde, sin pirámides, sin joyería, sin reyes, sin estructura social sólida, como la que hallaron los españoles del lado del Pacífico. Los portugueses se quedaron en la costa y apenas comenzaron -en tiempos muy cercanos a nuestros días- a correrse hacia -el interior -a mover la frontera para usar la expresión de las colonias inglesas- llevando puntas de lanza, cabezas de puente al corazón del Brasil.

Por el lado del Brasil sí nos acercamos a un Nuevo Mundo. Lo que allí viene a enriquecer a la lengua portuguesa no son las antiguas tradiciones de los habitantes, ni el recuerdo de grandes culturas, sino la naturaleza viva, el mundo vegetal, los pájaros, los loros, las culebras, el despliegue de una tierra virgen que le dio al nuevo estado una bandera verde, y un lema positivista traído de las ideas de progreso de que el país se nutrió al hacerse independiente.

La historia de la América inglesa se parece a la de la América portuguesa en que también es la de un Nuevo Mundo que se queda a la orilla del mar y no encuentra en el interior ninguna gran civilización que la tienta a penetrarlo. Los ingleses y los portugueses eran gentes de mar. Los portugueses, primeros en el tiempo, se formaron para las exploraciones en la escuela de don Enrique el Navegante, que mucho antes que Colón se preocupaba de resolver el problema de la geografía enviando sus naves a puertos remotos - desconocidos. Los ingleses comenzaron después de Colón, con los perros del mar que bajo el manto de la reina Isabel salían de Devon a morder a las naves españolas. El desenvolvimiento natural de las cosas empuja, pues, a los ingleses, como empujó a los

portugueses, a buscar tratos, comercios, desplegando el trapo a la ventura. Su destino era establecer colonias comerciales que estuvieran en contacto con Europa. De ahí una diferencia profunda entre el carácter de la colonización española con América y la colonización de los países navegantes. Los castellanos se fueron tierra adentro, falda arriba, para encastillarse en el tope de los montes. Como Inglaterra acabaría fundando una Nueva Inglaterra sobre el mar, España fundaba una Nueva España en el corazón de las montañas.

En la historia de los colonos ingleses hay una nota nueva que no aparece en la historia del Brasil. Los ingleses dan el grito de independencia en el momento mismo en que se embarcan. Una independencia radical. Venían con una religión que no era la misma imperaba en la isla cuando la dejaron. Se independizaban de la Iglesia oficial y de la monarquía. Traían cartas para comenzar con gobierno propio. El ser independientes y el gobernarse por sí mismos lo practicaron, pues en América muchísimos años antes de que aparecieran en la escena Jefferson o Washington. Estos no vinieron sino a poner un toque final en el proceso.

La historia del Canadá -que es la de la cuarta América: la América francoinglesa- es más legendaria. Está más cerca de esos procesos históricos que piden un tratamiento novelesco. Esos primeros exploradores franceses, que con abriéndose paso por un mundo de lagos y llanuras heladas, donde los grandes osos se pierden en los pinares, terminan haciendo un viaje maravilloso para caer por el Misisipi a las orillas del Golfo. Al fondo dejan recuerdos imborrables y surge una nación con bandera inglesa y acento francés, un mundo en que se entremezclan y hermanan el agua y el aceite de las mismas dos naciones que en Europa no parecen estar mirándose, sino dándose la espalda.

Estos hechos hay que tenerlos presentes porque individualizan la historia del hemisferio. Por paradójico que resulte, la parte de nuestras civilizaciones que corresponde o puede compararse con la de los otros hemisferios no es la correspondiente a nuestros días, sino la que representaron los aztecas o los incas, o la de Tiahuanacu o Chichén Itzá, o la de Macchu y Palenque. Hubo acá imperios que a través de los siglos fueron extendiéndose como manchas de aceite y que al afirmarse crearon estilos propios de arquitectura,

ORIGINAL

monumentos de grandeza inmortal, religiones y mitos que para siempre quedaron flotando con misterioso encanto sobre los pueblos. Hay esculturas en piedra correspondientes a la cultura olmeca, o frescos como los de Bonampak, o cabezas de barro como las que se puedan observar en el museo de Lima, que son obras maestras, comparables a lo mejor que produjo el mundo antiguo occidental, y que fueron ejecutadas siglos antes de que los españoles iniciaran la travesía del Atlántico con Colón. El desarrollo de esas culturas se parece al de muchas otras de Europa, Asia o el Africa.

La llegada del europeo da comienzo a una nueva etapa histórica - jamás al comienzo de nuestra historia- en que América pasa a ser de otra manera, a convertirse en el más grande experimento de hibridación que recuerde la humanidad, donde el corrimiento de masas humanas de mayor volumen que hayan conocido muchos siglos viene a decantarse. La tradición anterior queda rota, suspendida. Pasa a fluir sólo por caminos subterráneos. Es una operación clandestina en que todo el mundo se mueve a través de tres o cuatro siglos sin despegar los labios. Lo indígena, así, irá penetrando en lo español, embrujándolo, ofreciéndole sus tabacos y sus sueños para que vuelva los ojos a una tierra nueva en donde van a florecer otros ideales.

Al español se le fue la mano en optimismo al creer en cierta superioridad de su destino que le permitiría conservar a los indios vivos matándoles el alma: reservarse las bestias de carne y hueso que trabajarían para el encomendero o el corregidor, apagarles el espíritu viejo y ponerles el suyo propio. Creyó que sería posible vaciar el alma de millones de aztecas o de incas, y meterles una nueva. Han pasado cuatro siglos (cinco) y se ha visto que una operación de cirugía tan radical no dio los resultados que se esperaban.

El problema de la América indo-española es por estas razones mucho más complejo que el de las otras tres Américas. Es en cierto modo semejante al problema que se ofrece hoy a los europeos y estadounidenses cuando tratan con naciones viejas, como Grecia, Egipto, India, la China, el Japón, donde hay siempre un factor imponderable que no es susceptible de reducción al común denominador occidental.

Por lo que se refiere a las otras tres Américas – la portuguesa, la inglesa y la francoinglesa -, también en ellas, sin que exista la complicación de un mundo antiguo los experimentos que se inician con las colonizaciones conducen a resultados que son del todo extraño a la experiencia europea.

Los ingleses que se establecen en las colonias del norte son unos ingleses sin rey. Sin pares, sin lores, sin ceremonias. Es como una Inglaterra al revés, puesta sobre una base absurda. ¿Cómo concebir una Inglaterra en Europa en donde todos sean como un hijo del labrador y el carpintero, del herrero y marino, que, en suma, fueron los pobladores de estas colonias?. El laborismo está encaminándose hacia algo de esos si lo realiza, hará una Inglaterra americana. Por el momento, aun Inglaterra se mueve con el gobelino de la monarquía al fondo. Ese gobelino le comunica algo a toda la vida inglesa: a los parques, a las iglesias, a los castillos al uniforme de los soldados, a los sombreros de las señoras, al cuello de los hombres, al desayuno inglés, a la velada inglesa, a los buenos días de cada mañana.

El inglés viene a América sin criados. Si los comerciantes de las orillas del Támesis cazan irlandesas para que les sirvan de criadas a los colonos, y venden sus trabajos de siete años a precios muy razonables, cuando pasan los siete años, esas mujeres casadas se tornarán libres, serán como conciudadanas y se codearán enseguida con quienes la víspera fueron sus señoras. A las colonias llegan las familias completas y no dan lugar a que la sangre de los varones tenga que mezclarse con la de las indias pieles rojas. Lo cual hace posible y aun necesario en momentos de expansión matar indios como cucarachas, para correr la frontera. Las familias europeas americanizadas en aquellos días y que hoy ya tienen lejanía histórica, hacían entonces los trabajos de las casa: traían la leña del monte, manejaban gentilmente el hacha, lavaban los platos, hacían su comida. Es muy significativo esto como tradición. Cuando estaban en la pura frontera, a sí propias se hacían justicia, y mantenían el orden.

El estadounidense de hoy tiene al fondo de su vida, desde el día en que levó anclas el Mayflower, sentido de república. Yo no veo un momento de estilo europeo en la historia de los Estados Unidos sino aquel en que les entran a las colonias recién independizadas ansias incontenibles de expansión, de conquista, de extender la frontera, comprando acá la Florida,

metiéndose allí en el antiguo territorio mexicano, llegando hasta California. Pero pasado ese borbotón de exuberancia incontrolable, cuando se hacen señores del mundo en mil sentidos no se les ve usar el poder en la misma forma, en que cualquier país europeo, dueño de semejantes instrumentos, hubiera obrado, sin exceptuar ni al más vegetal de los reinos como Holanda o Dinamarca.

Lo extraordinario en el caso de las cuatro Américas es la ninguna similitud en el desarrollo histórico de cada una, y principalmente en lo que se refiere a la América inglesa y a la indoespañola. En los textos de historia de cada una de las repúblicas indoespañolas hay una división invariable que define muy bien el curso de los acontecimientos. Primero es el descubrimiento, y luego la conquista, la colonia, la independencia y la república. Quizás lo único incierto en este orden es lo del descubrimiento, que apenas si lo hubo, y fue suplantado velozmente por la conquista. En cuanto los españoles se dieron cuenta de que había de verdad otro mundo con ideas que no eran las de los reyes católicos, se precipitaron a cubrirlo. El descubrimiento nos lo han dejado a nosotros, a las generaciones del siglo XX. Por eso tenemos que estar desenterrando piedras sepultadas hace cuatro siglos por las autoridades del rey o por la iglesia para saber cómo pensaban o cómo eran los aztecas. Hecha esta salvedad, el orden es perfecto: Descubrimiento, Conquista, Colonia, Independencia, República.

La historia de las colonias inglesas es, punto por punto, al contrario: República, Independencia, Colonia, Conquista, Descubrimiento. Antes de embarcarse los peregrinos, constituían formalmente, legalmente, sus repúblicas, en Londres o en algún lugar de Holanda. En seguida, daban su grito de independencia y se lanzaban al mar. Llegando acá, no pensaban ni en descubrimientos ni en conquistas, sino que se entregaban paciente y cuidadosamente a robustecer sus colonias, en cuyo perfeccionamiento gastaron un siglo o más. La conquista la hacen en el siglo XX cuando ya las inmensas carretas pueden cruzar veloces por las llanuras hacia el oeste y los conquistadores no se mueven en esas pasadas armaduras de los españoles del XVI, cuando solo se valían de lanzas y perros, sino con trajes casi deportivos y llevando en cinturones de cartuchos, revólveres que abrían el campo a distancia. El descubrimiento vino luego. El de Montana, por ejemplo, o el de Oklahoma,

son capítulos de nuestros días.

Estas observaciones que a primera vista no indican sino que hay una historia al revés tienen un profundo significado para estudiar el desarrollo de las dos Américas: la inglesa y la indo-española: En la organización inglesa hay un elemento de cálculo, de previsión, de economía humana, que es visible desde el momento mismo en que comienza a afirmarse el inglés este continente. Espera a que haya pasado más de un siglo del viaje de Colón para animarse a cruzar el mar definitivamente y hacer pie de este lado del Atlántico. Cuando lo decide, se vienen familias enteras y se aprietan en núcleos que sólo extienden su radio de acción a medida que la población se hace densa y hay que ir ensanchando el solar.

El español, por el contrario, se mueve con un quijotesco sentido de aventura y funda en una generación —en veintidós años— las ciudades de México, Guatemala, Panamá, Santa Fé de Bogota, Quito, Lima Chuquisaca, Asunción del Paraguay, Buenos Aires, Santiago de Chile y muchas otras. Todo esto pasa entre 1519 Y 1541. En este tiempo España pretende cubrir un área dos veces la del continente europeo y descubre el Pacífico y el paso de Magallanes y explora el Misisipí en buena parte, y el Amazonas, el Orinoco, el Magdalena, el Plata. El español soldado, para andar a zancadas, no viene con mujeres: el rey le regala indios a millares para que le trabajen la tierra y le sirvan de peones, y él se cruza con las indias por ineludible fatalidad humana. Aunque hubiera querido el español matar a los indios no podía: un razonamiento elemental lo conducía a conservarlos, como se conserva a un caballo o un perro, si a tan cruda interpretación económica de la historia debiésemos llegar. Si hoy en los Estados Unidos no hay sino pequeños muestrarios de indios en las reservas, en la América indo-española se cuentan por algunos millones.

Las observaciones anteriores sirven solo como sugerencias para fijar la atención en pequeños detalles que dan buena idea de las diferencias en los desarrollos históricos. Ayudan a buscar una justa aproximación al asunto principal, es decir, a lo que se ha llamado la "Historia del Nuevo Mundo", que quizás podría considerarse mejor como la "Historia e Historias de las Cuatro Américas".

Si la historia ha de considerarse, no como un museo de relatos muertos, sino como representación viva de los procesos humanos, si ella ha de servirnos para apreciar esas corrientes de pasiones, de ideales, de contradicciones, de frustraciones, de deseos, de emociones que van modelando a las naciones uno de los hechos fundamentales que deben estudiarse es el de los procesos revolucionarios en las cuatro Américas. Cómo ha hecho cada una su revolución, cómo se ha independizado de la tutoría europea y se ha iniciado en el gobierno de sus propios asuntos.

Cuando los ingleses se trajeron en unos papeles su república, ya en el primer viaje, hicieron su revolución, toda su revolución. En ese momento comenzaron a darle vida a un sistema democrático, representativo. El colono venía a gobernarse por sí propio. Era una solución radical, pero que ocurrió sin violencia. La corona tendía un puente de plata a los enemigos internos que huían, y se contentaba con administrar la violencia en casa. En las colonias, los recién llegados construirían un nuevo sistema político sin echar nada por tierra, sin bajarle la cabeza a ningún rey. A su propia suerte les abandonaban los que se quedaron en la isla. Cuando vemos, por ejemplo, que el gobernador de la nueva colonia estaba de hecho sometido a los colonos que le fijaban el sueldo, y que los colonos recibían con airada sorpresa la noticia de que el rey pretendía intervenir alguna vez en sus negocios de acá, comprobamos la sólida que era ya aquí la independencia conquistada desde el primer día. Cuando los de las trece colonias hagan su guerra, o se alcen contra el rey, lo harán como una manifestación más conservadora que revolucionaria: para mantener sus privilegios, sus fueros.

No hay sino que comparar ese panorama de las colonias inglesas con las colonias españolas puestas bajo el gobierno de un virrey que era como un rey adecuado al tamaño de los nuevos reinos, sometidas a la inglesa oficial con inquisición activa, manejadas por leyes que se dictaban desde España y que iban en sus detalles hasta el punto de los simples reglamentos. Los españoles también daban su grito de independencia al embarcarse: pero un grito de independencia condicionado, mas cargado de un acento de esperanza que otra cosa. El tirano Aguirre, que de veras renunció al rey, se llamó a sí mismo traidor y enloqueció. Quedó flotando sobre el infierno verde del Amazonas como una

figura de la tragedia griega. Es pueril insistir en lo que el cabildo o las reales audiencias tenían reservado para sus propias iniciativas. Las reales audiencias ejercían un poder delegado, eran portadoras de la autoridad del rey. Los cabildos intervenían en minucias de la vida ordinaria. La verdad del imperio español en América es la de un centralismo tan vigoroso hasta donde físicamente lo permitían las dificultades geográficas de difícil superación de la época.

Creo que ahí reside la mayor diferencia entre el desenvolvimiento histórico de las colonias inglesas y las españolas. En los Estados Unidos, al separarse las trece colonias de la madre patria, no hubo una revolución, sino una guerra separatista, que ganó el general Whashington. La revolución ya estaba hecha. Adams mismo lo observó cuando se preguntaba quién había sido el inventor de la independencia que todo el mundo acogía naturalmente, y se respondía: el que primero salió de Inglaterra. Cuando se hace la constitución de Filadelfia no se fabrica una cosa nueva: se da sencillamente remate a una idea vieja que ya se practicaba. Una revolución implica un cambio radical de instituciones, volver al revés la cosa. Eso no ocurrió en los Estados Unidos. Y por eso en seguida el país avanza como un adulto, seguro de su propia tradición democrática y de gobierno representativo.

En la América indo-española hubo dos hechos que por desgracia no hemos acostumbrados separar, individualizar claramente en los libros de historia: la revolución de independencia y la guerra de independencia. Hubo una guerra contra España, que no constituye sino un incidente del cual, por fortuna, salimos bien librados. Pero la guerra misma significa poca cosa. Libres las colonias, lo que se abría ante ellas era el caos, el abismo. No había tradición de gobierno propio. Había que comenzar por inventarlo todo. No se sabía por dónde echar adelante, si por la teoría de la república o por la de la monarquía. No se sabía cómo componer un senado, como organizarlo. Ni cómo darle representación al pueblo. Ni cómo dividir de verdad los tres poderes, ni cómo integrarlos. Ni si imitar a la recién fundada federación de los Estados Unidos o a la república fracasada de Francia, o a los ilusos de las Cortes de Cádiz. La tradición que teníamos —lo que se llamó la tradición de los godos— le salía a cada reforma que se intentaba.

Después de todo, la guerra no era sino un problema de fuerzas físicas, que tenía que resolverse a favor del más resistente. Los generales sólo tenían que sacar del infinito material humano que les brindaba el pueblo el mejor partido posible. Pero para suerte de los generales, ese pueblo ya estaba previamente trabajado, predispuesto por los revolucionarios, por los precursores indios o blancos que habían inculcado una fe suficiente en las masas para ir a la guerra jugándose la vida. En los libros de historia se fija erróneamente como punto de partida de la independencia más la guerra que la revolución, se le concede el primer puesto y se le rinden todos los homenajes al general, al guerrero, y no al que sembró la inquietud, al revolucionario. Hay una tendencia en los historiadores a dejarse llevar por el brillo de los uniformes, y a desdeñar el trabajo silencioso, humilde, fervoroso de quienes preparan el terreno, lo abonan, lo predisponen. Este es un error simplemente de justicia, sino de valoración de los factores que más influyen en los hombres. Error tanto más grave cuanto que conduce, no sólo a la deformación de la historia, sino del juicio que pueda aplicarse a los sucesos de la vida presente. Las sorpresas que dan los pueblos son, en buena parte, el resultado de este tratamiento de la historia, que es de superficie y no de profundidad.

La revolución de independencia comenzó en la América indo-española mucho antes de 1810, año que se da como el de la independencia en los libros de historia. Fue una revolución de verdad. Hubo que revisar toda la teoría del gobierno con que veníamos trabajando por espacio de tres siglos, e improvisarlo todo, desde los cimientos. La tarea se llevó un siglo de ardientes debates, de forcejeos por hallar una constitución, de guerras civiles. Aun hoy no se han puesto claro los puntos principales. Las causas de la anarquía son demasiados evidentes. Todo se suma para hacer de nuestra historia una de las más extrañas: una geografía endemoniada, mezclas de sangres, superposición de culturas, permanente bombardeo de las más contradictorias ideas europeas y estadounidenses, y los antecedentes de la formación histórica.

No es el caso de proseguir estos razonamientos por todos los caminos que naturalmente invitan a explorar. Estamos moviéndonos dentro de los límites de un ensayo de atisbos. Pero del mismo modo que quedan enfocadas las diferencias entre la América

indoespañola y la indígena, se pueden individualizar los casos de Brasil y el Canadá. Esto exigiría muchas páginas. Insistimos apenas en ciertas fechas que precisen la diversidad de los procesos históricos.

En la parte que ocuparon los españoles, la historia se remonta a una edad que se acerca a la de principios de la era cristiana. Un mapa de la América española del XVII no se diferencia en nada de un mapa de la América indígena del XIV. Donde los indios tenían sus ciudades, ahí fijaron las suyas los españoles. Donde el indio tenía rey, el español puso virrey; donde tenía cacique, gobernador. Donde había una gran nación, se montó un Virreinato; donde una tribu, se hizo capitanía. Donde hubo un templo azteca, o inca, o chibcha, se superpuso uno católico; donde se hacían peregrinaciones de los dioses viejos, nacieron remerías a la Virgen. Son hechos que se multiplican a medida que se estudia el panorama de esas civilizaciones, y que obligan a ir avanzando hacia atrás, hacia atrás – como avanza la historia- para ir descubriendo culturas que florecían esplendorosas ya en el siglo VII, o antes. Ahora bien: en las colonias del norte, la fundación de la ciudad más antigua –Jamestown- tiene lugar en 1607: ciento quince años después de la llegada de Colón y de la fundación de las primeras colonias españolas. Los puritanos sólo constituyeron su compañía de Massachusetts en 1629. Esto da una diferencia mínima de diez siglos entre esas historias americanas.

El Brasil es más antiguo que la América inglesa. Descontamos, como se explicó antes, por carecer de importancia histórica, el período indígena. Las fechas de las fundaciones de las ciudades marcan los comienzos de las colonizaciones: Sao Paulo 1532, Espírito Santo 1535, Olinda 1535, Pernambuco 1536, Santos 1545, Bahía 1549, Rio de Janeiro 1555. Esas fundaciones no son de portugueses que se hayan independizado en la forma en que lo hicieron los ingleses. Los portugueses cruzan el mar como una parte de la corona que se mueve sobre barcas. Por eso es posible que haya virreinato en el siglo XVIII.

Las colonias del Brasil no se fundan con compactos grupos de familia como en la América inglesa, y queda un buen margen de roce humano entre europeos e indios en las explotaciones agrícolas caldeadas por el sol de los trópicos. Luego, el comercio de esclavos

va derramando elemento africano sobre todo el litoral, y destruyéndolo en las plantaciones. El proceso de amalgamación y convivencia de las razas ocurre de modo natural y progresivo, y se injerta en la tradición brasileña con la misma eficacia con que se injertó en la tradición de las colonias inglesas la idea de la república independiente. Hoy, los estadounidenses que van al Brasil ven con admiración los resultados de esta vida sin discriminación que no es sino el flujo natural de la historia.

Aún más curioso en el Brasil es el caso de la independencia, que nace de modo inverso a como la vemos en el resto de las Américas. Cuando el rey Portugal se traslada al Brasil para sacarle el cuerpo a las garras de Napoleón, ya estaba viéndose lo que los años acabaron por sacar en limpio: que más dependía Portugal de Brasil, que Brasil de Portugal. Así pudo cumplirse la independencia sin refriega, sin un tiro, sin un muerto, con sólo la voz de don Pedro, que dijo: "yo quiero" cuando los brasileños le propusieron que fuera su rey y no tornarse a Lisboa.

Fue se inicie el Brasil con monarquía es fenómeno tan claro, tan natural, tan dentro de los antecedentes del país, como hubiera sido absurdo para el resto de América. También la independencia del Brasil nos resulta conservadora de privilegios ya existentes, como en las colonias inglesas. Pero conservadora de algo muy diferente de lo que querían conservar los ingleses con Jefferson y Whashington: conservadora de monarquía. Además, es una independencia que se logra sin prisa, sin afán. Se declara en 1822. Y esperan sesenta y siete años los brasileiros para proclamar la república. El anuncio se hace en la cartelera de un periódico, una tarde de 1889. Otra vez, sin un tiro. Al emperador se le envió a Europa en camarote de lujo, en barco de primera.

La América anglofrancesa es, con el Brasil, la que representa un caso de paz más auténtico en e hemisferio, y en el nuevo mundo. Su historia, sí, es más corta: la más corta de las cuatro Américas. Sólo en 1608 viene a fundarse Quebec, pero la colonia demora aún bastante en formarse. Cuando ya las colonias de la Nueva Inglaterra tenían importancia, las del Canadá no eran sino un bosquejo. Apenas en 1926 se independiza el Canadá. Lo hace sin violencia, casi en silencio. Creo que hay mucha gente que todavía lo ignora. Es una

independencia negociada en el papel, en términos elaborados que no ofendan a la madre patria, y aceptando que el rey del Canadá sea el mismo rey de Inglaterra, lo cual conserva el Canadá un gusto aristocrático, un aroma de cosa vieja que juega muy bien con sus brumas y su ambiente nórdico. Pero lo esencial para la madeja que aquí venimos desenredando es que hay una América –precisamente la que ostenta esta antigüedad- que apenas comienza a dar señales de su primera fundación ayer, en 1608.

Dejamos aquí el tema de las diferencias, para ver muy deprisa la otra faz de nuestra historia. Lo que existe de común en las cuatro Américas.

En cuatro lenguas, en cuatro colores, los pueblos que aquí se han dado cita tienden hacia ciertos ideales comunes. En este hemisferio la libertad política es un sentimiento más profundamente arraigado que en Europa. Con esta circunstancia podemos empezar a hablar de América una y singular. No tienen sentido entre nosotros esos residuos de privilegios de que nunca ha podido librarse a Europa y que le vienen del imperio romano, de la Iglesia medieval, de las historias de los reyes, de las jerarquías sociales. El europeo que se establece en América transforma su calidad: el indio conserva su esperanza; el negro descubre que puede sacudir la esclavitud.

Hay un punto de mayor significación, sobre el cual conviene meditar: los ejércitos. La historia militar en este hemisferio es radicalmente distinta de la historia militar europea. Los ejércitos nuestros nacen y se organizan para ganar la independencia, es decir: la libertad. Los de Europa para atemorizar y agredir al vecino, para humillarlo, para que los franceses invadan a Italia o a Prusia, o los prusianos a Francia. El sentido histórico en los ejércitos de América constituye uno de esos conceptos que la tradición nos arroja como cartel de desafío para ver si somos capaces de mantener el espíritu que les dio vida.

Los idiomas se transforman en América. Aquí el español pierde el acento de Castilla, el inglés el de Oxford, el portugués el de Coimba, el francés no recuerda al de ningún lugar de Francia. Acá se encuentran en todas partes voces de otros siglos que ya no se oyen en Europa y voces nuevas. Y hay voces rotas, voces que mudan de sentido, palabras que se

Injerían y que vienen desde de dónde. Esta comunidad de accidentes hace que haya como una ley común de referencia de los idiomas, de velocidad en los cambios, de juego con las palabras, de experimentación que no sospecharon las lenguas europeas. Es común también a estos pueblos la incapacidad de refinamiento que pueden ostentar en Europa. Es común nuestra condición de pueblos semiculturados, que apenas dejan ver su auténtico perfil, agobiados aún por una sobrecaja de recuerdos europeos.

Nos une, pues, el estar en un proceso de formación de cultura, y nos une la zona de peligro en que se hallan nuestros pueblos con sus libertades —que tan en la entraña de su historia están— amenazadas. Al final surge una contradicción inevitable. Ya lo he dicho con toda claridad: No somos nuevo mundo. Y ahora agrego con la misma claridad: Somos nuevo mundo. Porque a la postre acabará por encontrarse acá el estilo nuevo, la fórmula fresca que venga a definir la personalidad del continente. Que el decir "americano" pueda ser tan expresivo, tan múltiple y profundo, como el decir "europeo" o "asiático". Lo dudoso es si el mundo no revienta bajo esta presión infernal a que lo tienen sometido algunos empresarios diabólicos. Sólo el provenir podrá decirnos si alcanzamos a ser un Nuevo Mundo, o quedamos como la frustración de un continente que lo tiene todo como maravilla en embrión.

Montclair, julio de 1951